



www.iglesiaporeltrabajodecente.org
infor@iglesiaporeltrabajodecente.org
[@IglesiaxTD](https://twitter.com/IglesiaxTD)

SIN PEROS NI REPROCHES

Siempre creí todo lo que me contaron. Todo, a pies juntillas. Y traté de hacer las cosas como me habían explicado que se debían hacer.

Apenas lloré en la cuna y no protesté casi nunca en mis primeros años de vida. «Me porté bien» e hice caso cada vez que alguien me mandaba algo.

Obedecí siempre. Sin *peros* ni reproches. Siempre.

En el colegio nunca me llamaron la atención y, aunque tampoco fui un alumno brillante, saqué todos los cursos con unas notas más que aceptables.

Trabajé en verano para echar una mano en casa; mal pagado, eso sí, pero era lo normal dada mi edad.

Intenté seguir con mis estudios, pero resultó imposible. Lo poco que podía aportar a la (casi siempre escuálida) economía familiar, era más que bienvenido; así que, una vez más, hice lo que se esperaba de mí.

En los diferentes empleos por los que he ido pasando, me explicaron el valor del trabajo y del esfuerzo. Casi todos (algunos ni se molestaron en hacerlo) me aseguraron que ellos sabrían reconocerlo; que mejorarían mi salario en cuanto fuera posible y que apostarían firmemente por la flexibilidad en mis horarios.

Que en la empresa (a la que se referían como «nuestra casa») se valoraba el compromiso, la implicación, el *no andar mirando la hora de salida...* y que, *tal y como estaba el patio*, tener un trabajo era un privilegio que uno no se podía permitir arriesgar: *que son muchos los que harían lo que fuera por encontrar un curro como este.*

También eso lo creí. Y me esforcé. Y tanto que lo hice... pero nunca mejoraron mi sueldo. Lo de la flexibilidad sí... eso era constante, pero nunca en la dirección esperada.

Cuando me echaron, creí también en sus motivos: *que las cosas no van bien, que estamos pasando un mal momento; pero no te preocupes, que con tu disponibilidad no vas a tener problema en conseguir lo que te propongas...*

Fui empalmando otros empleos. Aunque en distintos sectores y con diferentes tareas, todos ellos parecidos. Y en cada uno, también confié ciegamente: en las promesas de futuro, en que las cosas iban a cambiar a mejor, en su pesar por no poder pagarme más... incluso en eso de que «el trabajo dignifica».

Confié también cuando desde el banco me ofrecieron – con todas las facilidades necesarias – un crédito que parecía *hecho a mi medida para comprarme una casa,*



www.iglesiaporeltrabajodecente.org
infor@iglesiaporeltrabajodecente.org
[@IglesiaxTD](https://twitter.com/IglesiaxTD)

también hecha a mi medida. Pero por suerte, «mi medida» era más escasa de lo que el banco había planteado y no me lo concedieron.

Digo por suerte, porque vi como algunos amigos mordieron un anzuelo que yo tuve que dejar pasar por no estar a mi alcance, y cómo aquello les llevó a perder lo poco que tenían. Incluida la salud. Algunos, hasta la vida.

Dejé pasar también – cuando con la crisis, las cosas se pusieron peor en la empresa – esa *oportunidad única de montar mi propio negocio*. Pero también por suerte, lo de «ser tu propio jefe» está al alcance unos pocos.

Tengo casi 50 años y quizá ya sea tarde para muchas cosas. Pero no para todas.

Hoy ya no *creo a pies juntillas*. Al menos, no en todo.

Por eso sé que, si volviera a nacer, cambiaría muchas cosas. O al menos lo intentaría... porque una de las cosas en las que ya no creo es en el rollo ese de que «si quieres, puedes».

Es mentira.

Si volviera a nacer, lloraría en la cuna y protestaría más durante mis primeros años de vida. No sería *un niño bueno*, callado y obediente... porque una vez que eso se aprende, es muy difícil dejar de hacerlo.

Me esforzaría en el colegio y aprovecharía al máximo cada minuto, pero intentaría divertirme, jugar, arriesgar; discreparía cada vez que no estuviera de acuerdo y seguro que me ganaría más de una bronca por ello.

Haría todo lo posible por continuar mis estudios, y si esta vez tampoco pudiera hacerlo, buscaría el mejor trabajo posible y trataría de hacerlo bien, pero me reiría cada vez que *el responsable de turno* tratara de motivarme para que sintiera «la casa» como propia, si esta no me corresponde en la misma medida.

Jamás pondría mi autoestima en mi trabajo, pues ni mi empleo, ni mi cargo, ni mi sueldo, definen quién soy ni, menos aún, qué puedo llegar a ser. Lo haría también para evitar caer en la tentación de pisar a quienes me rodean por culpa de los egos y las vanidades.

Desconfiaría de aquellos que recurren a discursos ñoños sobre automotivación, cambios de perspectiva, superación... y especialmente de quienes vinculan el éxito en la vida al «salir de la zona de confort», porque esa es una zona que solo experimentan algunos privilegiados.



www.iglesiaporeltrabajodecente.org
infor@iglesiaporeltrabajodecente.org
[@IglesiaxTD](https://twitter.com/IglesiaxTD)

Increparía con vehemencia a quienes proponen sistemáticamente soluciones individuales para enfrentar riesgos que afectan mayorías.

Comprendería entonces que *uno no siempre tiene lo que se merece*.

Y buscaría, ahora sí con auténtica pasión, llevar a cabo con otras personas todo lo que para mí solo es imposible. Quizá sea es el único refugio. El más auténtico y el más natural. El de verdad.

V.A.L.